

chos días, será ó no será auténtica, pero es indudable que fué hasta hace muy poco uno de los principales números del programa político de los países débiles: *"Entre la fuerza y la debilidad, el desierto."* Y no sólo el desierto de atena, caldeado por un sol tropical y con los horrores de la soledad, sino un desierto más infranqueable, una barrera más inexpugnable aún interponían entre muchos países del globo: el temor á los poderosos, la diversidad de credos religiosos, el odio de razas y las rivalidades mercantiles. El patriotismo mandaba cerrar las puertas ante las invasiones de los bárbaros.

Hoy, señores, una larga experiencia y la observación de lo que en todas partes pasa nos lo revela: ningún pueblo puede ni debe aislarse. El secreto del débil para lograr su conservación no consiste en encerrarse dentro de su territorio, como el molusco en su concha, sino en identificar sus intereses con los intereses universales; en hacer que su vida esté tan íntimamente ligada con la de los demás, que éstos tengan tanto empeño como él mismo en conservarla. La organización de las sociedades modernas, recuerda la frase de Taine, refiriéndose al hombre: *"de un animal militante que consideraba á los otros hombres como una presa y la prosperidad de éstos como un peligro; se ha transformado en una criatura pacífica que considera á los otros hombres como auxiliares y la prosperidad de ellos como un provecho."* Y si, por desgracia, la frase del eminente filósofo no expresa todavía una verdad absoluta, puesto que aún existe la guerra aunque sólo por excepción, por ser cada vez más grandes las responsabilidades de los que la provocan; es indudable que las vías de comunicación entre los pueblos han borrado los desiertos que los separaban, han destruído las barreras que los dividían y, educando á cada uno en el conocimiento de los demás, les ha enseñado á estimarse mutuamente y les ha hecho ver que ni la diversidad de sistemas políticos, ni de idiomas, ni de ideas religiosas, ni de razas, son

obstáculos para trabajar todos unidos en la gran obra del progreso.

El Correo, valiéndose de cuantos medios tiene á su alcance, de los inmensos trasatlánticos, de los rápidos expresos que atraviesan los continentes con velocidades vertiginosas, de las antiguas diligencias que fueron el mejor procedimiento de locomoción que conocieron nuestros bisabuelos, y aun de los humildes peatones que circulan por las intrincadas veredas de las montañas, nos comunica hoy con los más apartados pueblos. Las vías postales forman hoy una verdadera red, cuyas tupidas mallas, tendidas á través de los continentes y los mares, envuelven toda la esfera terrestre, y por la velocidad con que son recorridas, puede decirse que no sólo han aprisionado el planeta, sino que al estrecharse dichas mallas lo han empequeñecido, acercando á los pueblos más lejanos y convirtiendo á los antípodas en vecinos.

La simbólica paloma bate sus blancas alas en todos los países: lo mismo sobre los sonrientes países meridionales, envueltos en luminoso azul, que sobre los lejanos países del Norte perdidos entre las brumas invernales; lo mismo en las populosas regiones donde hormigean los pueblos laboriosos, que en las ignotas y apartadas regiones donde los exploradores de la civilización luchan valientemente contra la naturaleza, conquistándola palmo á palmo, para ofrecer nuevos campos de trabajo á la actividad febril con que nuestro siglo corre tras el progreso; y en todas partes es saludada con júbilo como mensajera de paz y de amor.

Y en este movimiento universal que en favor del Correo se nota, á causa de la altísima misión social que desempeña, digámoslo con noble orgullo, nuestro país, lejos de haberse quedado rezagado, figura dignamente. No nada más por la extensión de nuestras rutas postales, por el número de oficinas y por los detalles del servicio, pues aunque en todo esto hemos avanzado bastante y continuamos avanzando, son todavía algunos